

CAPÍTULO VIII

Muerte de la señora de Mazarino. — Señoras de la Tournelle y de Flavacourt. — Su expulsión del palacio Mazarino. — Resolución de la señora de Flavacourt. — La silla de manos. — El señor de Gesvres. — El rey cede una habitación á la señora de Flavacourt. — Buscan á la señora de la Tournelle. — La señora de Flavacourt rechaza los homenajes del rey. — Amores del señor Agenoir y de la señora de la Tournelle. — El duque de Richelieu favorece la inclinación del rey hacia la marquesa. — Intriga contra el señor de Agenoir. — La señora de la Tournelle capitula. — Desgracia de la señora de Mailly. — El sermón del padre Renaud. — Humillación de la señora de Mailly. — Últimos momentos del cardenal de Fleury.

El 12 de septiembre de 1742, murió la señora de Mazarino. Era la abuela de las señoritas de Nesle. Una de las cinco hermanas, la señora de Mailly, era la querida favorita de Luis XV, desde 1732.

Otra, la señora de Vintimille, había muerto como se ha referido. La tercera, la señora de Lauraguais, se decía que había reemplazado á la de Vintimille.

Quedaban las señoras de la Tournelle y de Flavacourt, que ni aun habían sido presentadas en la corte.

Estas dos señoras vivían con su abuela la señora de Mazarino; pero cuando esta señora falleció, el señor de Maurepas, obligado por su mujer, en calidad de heredero de la señora Mazarino, hizo advertir á

las dos hermanas que debían desocupar inmediatamente el palacio.

La señora de la Tournelle era viuda; el marido de la señora de Flavacourt estaba en el ejército.

Se encontraban pues las dos señoras sin ningún apoyo.

Al recibir la notificación la señora de la Tournelle, exhaló mil quejas; la de Flavacourt al contrario, respondió con serenidad:

— Soy joven, no tengo padres, mi marido está ausente, mis parientes me abandonan; pero el cielo no me abandonará sin duda. Hecho este razonamiento en honor de la Providencia, hizo la señora de Flavacourt que le trajesen una silla de manos, se metió en ella, hizo que la condujesen á Versalles, y llegada al patio de los Ministros, mandó descansar la silla en tierra y que quitasen las palancas, y despidió á los mozos.

Mucha gente pasó sin hacer caso de aquella silla; algunos que reparaban se admiraban, pero nadie se determinó á preguntar á la que la ocupaba lo que hacía allí. Pero habiendo pasado el duque de Gesvres, abrió la portezuela y exclamó admirado:

— ¿Por qué aventura os encontráis aquí, señora de Flavacourt? ¿No sabéis, tal vez, que acaba de morir vuestra abuela?

— Y vos, señor duque, respondió la señora, no sabéis, sin duda, que el señor de Maurepas y su mujer nos han echado de casa á mi hermana y á mí, como aventureras; temiendo sin duda que les fuésemos muy gravosas. Mi hermana la Tournelle se ha ido, no sé yo dónde, y en cuanto á mí ya me veis puesta aquí en manos de la Providencia.

Maravillado de tal aventura el duque de Gesvres,

rogó á la señora de Flavacourt que tuviese la paciencia de aguardarlo por algunos instantes, y entrándose en la habitación del rey lo condujo á una ventana, y señalándole la solitaria silla que se hallaba en el patio de los Ministros :

— ¿ Qué me queréis decir ? le preguntó el rey.

— ¿ No ve V. M. esa silla ?

— Sin duda la veo.

— Pues bien, dentro de ella se encuentra la señora de Flavacourt.

— ¡ Sola la de Flavacourt en esa silla ! exclamó el rey.

— Si, señor, sola absolutamente.

— ¿ Pero quién la ha puesto ahí !

— Su ingenio.

— Pero explicaos, duque.

— Pues bien, señor ; el señor Maurepas la ha echado de casa, y ella ha creído deber ponerse ahí bajo la protección de Dios, y.....

— Y.....

— Y del rey, señor.

— Luis XV se echó á reír.

— Corred á buscarla, dijo ; que le den una habitación y que busquen al instante á su hermana la Tournelle.

El duque de Gesvres no esperó que le repitieran la orden ; bajó á toda prisa, tomó por la mano á la señora de Flavacourt y volvió á subir con ella á la presencia del rey.

Mandó el rey que se le diese la antigua habitación de la señora de Mailly, y le ofreció una plaza de dama de palacio. En cuanto á la señora de Tournelle, la colocaron en la habitación del señor de Vaureal, obispo de Rennes.

La señora de la Tournelle y la señora de Flavacourt, eran las más hermosas de las cinco hermanas.

No tardó el rey en observar estas bellezas. Tenia inclinación á las señoritas de Nesle, y comenzó desde luego á hacer la corte á las dos nuevas comensales que la dureza del señor y la señora de Maurepas le habían proporcionado.

Los Maurepas, por su parte, notando la atención que el rey usaba con las dos hermanas procuraron reconciliarse con ellas, pero no lo consiguieron más que con la señora de Flavacourt, que buena y sencilla, y sin ningún rencor, declaró que por su parte todo quedaba olvidado al menor paso que diesen el señor y la señora Maurepas. Pero la señora Tournelle al contrario, les juró y conservó un odio terrible.

Por lo demás, en el momento en que el rey fijaba su vista en estas dos señoras, he aquí cuál era la situación de ambas.

Ya hemos dicho que el marido de la señora Flavacourt se hallaba en el ejército. Pero á pesar de hallarse ausente, su mujer lo amaba tanto, que á las primeras insinuaciones del rey, le hizo comprender que ella no haría traición á su esposo ni aun por un monarca.

La señora de Tournelle era viuda, pero tenia en aquel momento su corazón ocupado. Amaba al conde de Agenoir, hijo del duque de Aiguillon y sobrino de Richelieu.

Por esto Luis XV se dirigió á Richelieu, que en su calidad de pariente superior debía ejercer gran influencia en el joven conde. Pero el duque creyó que seria más conveniente emplear la astucia que la persuasión, y encargó á una señora de la corte la misión de seducir al conde.

Durante este tiempo, la señora de Tournelle refiada en Versalles, no veía más que á las personas que el rey le permitía ver, y el conde de Agenoir no estaba contado entre ellas.

La señora de Tournelle se resistía sin embargo á las pretensiones de Luis XV, á quien había confesado su amor al conde, de cuya fidelidad estaba segura.

Entonces fué cuando el señor de Richelieu comenzó su obra. La sirena que había enviado á su sobrino, hacia diariamente progresos en el corazón del conde, al que su aislamiento entregaba desarmado. Pero entonces la señora fingía una ausencia; se ofrecían escribirse y se escribían.

La señora remitía á Richelieu las cartas del conde; Richelieu se las enviaba al rey, y el rey á la señora de Tournelle.

A pesar de estas pruebas escritas, la señora de Tournelle se había mantenido firme, pretendiendo que imitaban la letra del conde; pero se hicieron tan fiernas estas cartas y se pusieron tan patentes las pruebas de la infidelidad del conde, que la señora de Tournelle resolvió vengarse de su infiel amante.

En semejantes casos, sólo hay una venganza posible, que es la pena del tali6n. La señora de Tournelle se convino con esta venganza, y ofreció al rey hacerlo su cómplice. Pero con una condici6n.

La señora de la Tournelle aborrecía á su hermana la señora de Mailly, y además era muy orgullosa para convenirse con la participaci6n tolerada por las señoras de Vintimille y de Lauraguais; exigi6 por consiguiente la separaci6n absoluta de la señora de Mailly.

El rey que ya no amaba á la señora de Mailly, ofreció á la Tournelle cuanto quiso.

Tal vez Luis XV se habría hallado muy embarazado

para notificar esta desgracia á la señora de Mailly; pero ésta le abrió el camino para una explicaci6n, reconviendo al rey por su frialdad para con ella.

Luis XV era muy cruel para con las mujeres á quienes ya no amaba.

Se aprovechó de la ocasi6n, y dijo á la señora de Mailly que su frialdad era cierta, que él no sabía disimular, y que no amándola ya, no podía fingir una pasi6n que haba dejado de existir.

Al oír esta respuesta, la señora de Mailly se deshizo en quejas y llanto cayendo de rodillas á los pies del rey.

Pero el encanto estaba deshecho, y la señora de Mailly tuvo que oír en aquella misma sesi6n por boca de su real amante que no sólo ya no la amaba, sino que era preciso se retirase para dejar el puesto á su rival.

Entonces la señora de Mailly rogó, suplicó, ofreció representar con la señora Tournelle el mismo papel que haba hecho con sus hermanas Vintimille y Lauraguais; pero el rey implacable con ella, no le concedió más que el término de dos días para retirarse de la corte.

Este golpe era tanto más cruel, cuanto no teniendo la señora de Mailly padre ni madre, y estando separada de su marido no sabía absolutamente adónde dirigirse al salir de Versalles.

Y aunque hizo presente al rey todo esto, se halló sin embargo con el coche que deba conducirla, que estaba pronto á su puerta á la hora señalada. Afortunadamente la condesa de Tolosa, haba sido siempre su amiga, la llevó á su casa, en tanto que la señora Tournelle, convidada para ir á Choisy, tomaba públi-

camente posesión del puesto que su hermana había ocupado.

Este viaje se verificó el 12 de noviembre. El rey dió la mano á la señora de Tournelle y subió con ella en la góndola, en la que se colocaron además la señorita de La Roche-sur-Yon, la señora de Flavacourt, la señora de Chevreuse, el señor de Villeroy y el príncipe de Soubise.

Llegados á Choisy, la señora Tournelle se avergozó de que reemplazando á su hermana, la reemplazaba con tanta facilidad y tan públicamente. Concluida la cena, como el rey la devoraba con los ojos, se aproximó á la señora de Chevreuse, á la que dijo :

— Querida mía, la habitación que me han dado es demasiado espaciosa y tengo miedo ; como vos tenéis fama de animosa, os ruego que me cedáis la vuestra y ocupéis la mía.

Pero la señora de Chevreuse se guardó bien de aceptar este trueque, temía que ocurriese alguna equivocación real, en la que reconocida podría representar un papel muy triste.

— Querida amiga, le respondió ; en Choisy no estoy en mi casa, sino en la casa del rey, y nada puedo hacer sino por su orden y con su anuencia.

Resultó pues que la señora Tournelle se vió obligada á permanecer en su habitación ; pero como se avergonzaba de aceptar una sucesión tan rápida, se atrancó por dentro, y á pesar de los viajes nocturnos del rey, y á pesar de sus llamamientos amorosos á la puerta, ella se conservó encerrada.

Real ó calculada, esta defensa duró cerca de un mes, porque hasta el 10 de diciembre siguiente no se supo que la puerta más piadosa se abriese aquella noche. Al levantar al día siguiente la cama de la

señora Tournelle se encontró la caja de tabaco que S. M. había olvidado bajo la almohada.

Esta noticia, la representación de *Mahomet* y un carruaje que acababa de inventar el señor de Richelieu fueron el asunto de las conversaciones durante el último mes del año de 1742.

Fastidiado el señor de Richelieu por tener que dejar la corte para asistir á los estados del Languedoc, había declarado que no iría sino durmiendo hasta Lyon, donde tenia precisión de detenerse.

En consecuencia y para cumplir su promesa, inventó un carruaje de seis pies de largo, de movimiento muy dulce, suspendido en muelles dobles y que contenía una cama completa.

En la tarde del día 13 de diciembre fué llevado este carruaje al patio de Versalles, á donde bajó todo el mundo á verlo.

Á las nueve hizo el duque de Richelieu que calentase su lecho, se desdudó con la mayor modestia delante de las señoras, se despidió de los espectadores, y gritó á su cochero, á *Lyon*, dijo á su ayuda de cámara que lo despertase luego que llegasen, se caló hasta las orejas su gorro de dormir y se entregó al sueño.

En cuanto á la señora de Mailly, lo mismo que había hecho La Valliere, llevó al Señor la ofrenda más santa que una mujer puede hacer á Dios, la de un corazón despedazado por el amor. Había entonces un predicador muy afamado que se disponía á predicar en las Nuevas católicas la cuaresma de 1743. Era el padre Renaud del Oratorio. La señora de Mailly fué á buscarlo para rogarle que la dirigiese, pero él se excusó con el pretexto de los grandes trabajos de que estaba encargado. Se dirigió ella entonces al arzobispo

Vintimille, al que comunicó su designio de renunciar al mundo y hacer una austera penitencia. Pero el buen prelado, que como se verá al tiempo de su muerte, no tenía principios bastante fijos de religión, alabó su fervor, pero le manifestó que la verdadera piedad no admitía ningún exceso, y que el silencio y la modestia eran lo que más convenía á una mujer, cuya penitencia sería un nuevo escándalo.

La señora de Mailly comprendió la santidad de este consejo y se retiró del mundo sin ruido. Se vió entonces á esta mujer de lujo, de placer y de deleite, convertida en modesta en sus trajes y rígida en sus costumbres, sufriendo con resignación piadosa no sólo su desgracia, sino también las injurias que ésta le acarreaba. Llegó un día al sermón del padre Renaud, en el momento en que el ilustre predicador se colocaba en el púlpito, y como para llegar á su puesto se ocasionase algún movimiento, un hombre ordinario exclamó:

— ¡ Tanto ruido para una ramera !

— Señor, respondió con humildad la señora de Mailly, ya que la conocéis rogad á Dios por ella.

Penetrado al fin el rey de la resignación de esta señora, después de haber prohibido que le hablasen más de ella, le hizo dar 50,000 libras de renta, una casa en la calle de Santo Tomás del Louvre, y mandó que se pagasen sus deudas.

Las deudas de la señora de Mailly ascendían á más de 700,000 libras.

Mientras la señora de Mailly hacía tan humildemente penitencia de las faltas que había cometido, su protector el señor de Fleury, el que la había juzgado tan bien, como una mujer sin intriga como una favorita

sin ambición, se preparaba á libertar á Luis XV de su tutela.

Hacia ya algún tiempo que esta tutela, bien recibida al principio por todos, se había hecho demasiado pesada para el rey y para la Francia. El cardenal que había titubeado al principio para encargarse del poder (á lo menos según se decía) había acabado por encaramarse en él y vivía con un temor eterno de perderlo. Las caídas de los señores Chauvelin y Tremouille atestiguan sus terrores.

Por lo demás, el cardenal de Fleury, á fuerza de usurpar poco á poco la autoridad real, se había habituado á usurpar también sus prerrogativas. Se había hecho construir un dormitorio pequeño que era lo más ridículo del mundo. Todas las noches la corte entera, caballeros, plebeyos y ociosos esperaban á la puerta del dormitorio la hora en que el cardenal se recogía. Cuando éste entraba en su gabinete se abrían las puertas para que los espectadores pudiesen asistir á su tocado de noche por completo.

Le veían ponerse la camisa de dormir y encima una bata muy mediana y peinar después sus blancos cabellos, ya bastante claros por su edad; y después se le escuchaba con el más respetuoso silencio, referir las novedades del día sazonadas con chanzonetas buenas ó malas, pero en las que se descubría siempre una alma pequeña, aunque los cortesanos que asistían, nunca dejaban de prodigar aplausos.

Todas estas cosas las veía Luis XV con enojo, pero con paciencia. Se asemejaba á esos herederos religiosos que le pagan á un viejo que debe tardar poco en morir, una renta vitalicia.

La reina era la que estaba más mal con el cardenal, porque la hacía carecer de todo y no tenía ninguna

consideración para satisfacer sus deseos. Un día se hizo la reina superior al disgusto que le causaba el tener que hacer alguna petición, y como desease mucho obtener una compañía para un oficial, á quien ella protegía, se dirigió desde luego al señor de Augervilliers, ministro de la Guerra, el cual le dijo que era preciso hablase al señor de Fleury. Pero éste, según la costumbre, se disculpó con la reina con tan malas razones, que por cristiana que fuese la buena princesa, no tuvo fuerza suficiente para resistir tanta humillación y se quejó al rey.

— ¿ Por qué no hacéis lo que yo, señora ? le dijo el rey ; jamás pido nada á esas gentes.

Y en efecto, el rey se miraba como un príncipe de la sangre en desgracia, que no tenía ningún crédito en la corte, y se fastidió tanto de su ociosidad que una mañana se le ocurrió la idea de ocuparse en tejer tapices. El señor de Gesvres que estaba con él aplaudió su ocurrencia, y envió en el momento un correo á París que volvió al cabo de dos horas trayendo telar, estambre y agujas.

El rey puso al instante manos á la obra, y con tanto ardor, que comenzó cuatro sitios á un tiempo, lo que dió ocasión al duque de Gesvres para decirle :

— ¡ Señor ! vuestro abuelo Luis XIV nunca emprendió más que dos sitios á la vez, pero V. M. ha comenzado cuatro ; ¡ tened cuenta !

El favor del duque de Gesvres llegó á su apogeo con motivo de la construcción de los tapices y del equivoco de las sillas y los sitios.

Aunque durante esta época la Europa y la Francia se hallaban en completa paz, y aunque no hubiese ninguna razón visible, la Francia se consumía de languidez. Se podría decir que ella era tan octogenaria

con respecto á los siglos, como lo era su ministro respecto á los años. Las provincias del Maine, del Angoumois, del alto Poitu, de Perigord, el Orleáns y el Berry ; esto es, las más ricas de Francia, se hallaban atacadas de una especie de fiebre lenta que las consumía.

Esta fiebre era el impuesto ; la contribución que sacaba de sus venas el oro más puro, el oro, esta sangre de las naciones, que se absorbía el gobierno, cual sombrío vampiro.

Hasta la misma Normandía, este excelente país, sucumbía por las vejaciones de los contratistas. Los arrendadores de fincas rústicas estaban todos arruinados, y ninguno se presentaba. Los grandes propietarios se veían obligados á explotar sus tierras con sus mismos criados.

El señor Turgot, preboste de los mercaderes, fué el primero que dió la señal de alarma, elevando su voz en queja. El señor Harlay, intendente de París, hizo suspender la reparación de los caminos que se hacía por trabajo gratuito. El obispo de Mans vino de su diócesis á Versalles sólo para decir que todo perecía en su obispado. Y en fin, el duque de Orleáns llevó al consejo un pedazo de pan de helecho que le había facilitado el conde de Argensón, y poniéndolo sobre la mesa del rey :

— ¡ Señor ! le dijo, he aquí el alimento de vuestros vasallos.

También llegó á Versalles el obispo de Chartres y se expresó de una manera extraordinariamente atrevida en la presencia del rey al tiempo de levantarse S. M. Cuando la reina se hallaba comiendo preguntó el rey al obispo por el estado de su diócesis, y éste le respondió : que se habían apoderado de ella el ham-

bre y la muerte; que los hombres pastaban la hierba como los carneros, y que en pos de la miseria que sólo la sufría el pueblo, vendría la peste que alcanzaría á todas las clases.

La reina le ofreció entonces cien luises para sus pobres, pero los rehusó :

— Señora, le dijo, guardad vuestro dinero. Cuando se hayan agotado las rentas del rey y la de mi obispado, podrá V. M. auxiliar á mis pobres diocesanos, si conserva algo entonces.

En una de las ocasiones en que se hallaba el cardenal en su retiro de Issy, fué el rey á visitarlo y tuvo que atravesar el arrabal de San Víctor. Como se supo de antemano que el rey había de pasar por allí, se reunió una multitud de pueblo que gritaron á su tránsito, no ya viva el rey como era de costumbre, sino *miseria, hambre, pan.*

Entristeció tanto al rey esta manifestación que en vez de marchar á Issy se fué á Choisy, donde á su llegada hizo despedir á todos los operarios que trabajaban en objetos de lujo, y aquella misma noche escribió al cardenal cuanto había ocurrido.

Cuando esta situación era ya bastante conocida en Versalles, llegó el señor de Larocheffoucault, el que hizo presente al rey, que sin duda no debía tener conocimiento del estado de las provincias, porque sus ministros le disfrazarían la verdad.

— Señor duque, le respondió el rey; estoy tan bien informado de lo que pasa como el mejor, y sé además que en menos de un año se ha perdido la sexta parte de mi reino.

En estas circunstancias comenzaron á circular susurros de guerra europea con motivo de la muerte del emperador Carlos VI, y como los cortesanos parecían

alarmarse por estos rumores, les dijo con mucha sencillez el cardenal :

— Señores, no hay cuidado, podemos estar tranquilos; la guerra es imposible porque en Francia no hay hombres apenas.

Y con efecto se calculaba que durante los años de 1739, 1740 y 1741 habían muerto en Francia más hombres de miseria que los que se habían perdido en todas las campañas de Luis XIV.

Por este tiempo comenzó á alterarse la salud del cardenal, debilitándose á tal extremo que se creyó muy próxima su muerte, lo que él mismo conocía á pesar de las falsas listas de centenarios que publicaban los diarios. Pero á pesar de su debilidad no quería desprenderse de la autoridad, á la que se afianzaba más y más. Todos los días, los ministros con que no podía despachar venían á darle cuenta y recibir las órdenes.

Pero se cuidaba tanto de alejar de su vista todo aquello que pudiese recordarle la muerte, que una mañana el marqués de Breteuil, secretario de estado del departamento de la Guerra, después de haber trabajado con él se sintió indispuerto, y la familia del cardenal no le prestó ningún auxilio por miedo de que aquel suceso produjese en su señor una impresión fuerte; agarraron al moribundo y lo metieron en su carruaje, en el que murió al llegar á Paris.

En los días 27, 28 y 29 de enero se disminuyeron de tal suerte las fuerzas del cardenal, que él mismo conoció que había llegado su hora.

En estos tres días le hizo el rey dos visitas. En la segunda llevaba consigo al delfín, y como procuraba tenerlo al joven príncipe distante del lecho del moribundo :

— Dejadlo que se aproxime, dijo el cardenal; bueno es que se habitúe á estos espectáculos.

Estas fueron las últimas palabras que pronunció, y expiró el 29 de enero de 1743 á la edad de 89 años.

Un epigrama fué su oración fúnebre.

« Hace cien años, decían, que está la Francia enferma. Tres médicos vestidos de encarnado la han asistido sucesivamente. Richelieu la sangró; Mazarino la purgó; Fleury la puso á dieta. »

Como para acompañamiento del duelo por la muerte del cardenal ocurrieron en aquel tiempo muchas muertes de importancia.

El rey de Prusia había muerto y le había sucedido su hijo Carlos Federico, el mismo á quien su padre había querido hacer cortar la cabeza.

Luis Enrique de Borbón había muerto en Chantilly; era el sucesor del duque de Orleáns, como primer ministro; y el amante de la señora de *Prie*.

La reina Ana de Neubourg, viuda de Carlos segundo, princesa pensionada de España, había muerto en Guadalajara.

Juan Bautista Rousseau había muerto en Bruselas, adonde hacia treinta años se había retirado.

El cardenal de Polignac había muerto en sus posesiones. El mismo á quien vimos figurar en el asunto del príncipe de Cellamare.

La reina viuda de España, Luisa Isabel de Orleáns, había muerto en el Luxemburgo.

Rollín, autor de la historia antigua, había muerto siendo profesor de elocuencia en el Colegio real.

Y en fin, había muerto en Viena el emperador Carlos VI, y su muerte iba tal vez á comprometer la paz de la Europa.

CAPÍTULO IX

Declara Luis XV que quiere gobernar por sí mismo. — Honores fúnebres de Fleury. — Retrato del rey. — La corte íntima. — Los caballeros y las señoras. — La señora de Maurepas. — La señora de Pica. — Las condiciones de la señora Tournelle. — Versos del señor Maurepas. — Estado de la Europa. — El señor de Belle-Isle. — Se declara la guerra. — María Teresa. — Federico II. — El elector de Baviera. — Mauricio de Sajonia. — El señor de Broglie. — Chevert en Praga. — El señor de Mailleboix. — La retirada del señor de Belle-Isle. — Guerra en Italia. — Los españoles. — Los ingleses. — Versos del señor Turgot.

Apenas había acaecido la muerte de Fleury, cuando el rey Luis XV, á semejanza de su abuelo Luis XIV, declaró que quería reinar y gobernar por sí mismo.

Y con efecto, el reinado de Luis XV no comienza en realidad sino después de la muerte del cardenal de Fleury.

Principió por hacer unos honores fúnebres, casi reales, al ministro difunto. Hizo celebrar un oficio solemne en Nuestra Señora y mandó que se le erigiese un mausoleo en la iglesia de San Luis del Louvre.

Contaba entonces el rey de Francia 33 años; su porte era noble, su rostro bastantemente bello, su afabilidad extremada; rara vez se desprendía de sus labios una expresión dura; su juicio era recto y su tacto seguro; conocía bastante bien á los hombres y